

como fué el diluvio para los contemporáneos de Noé. 2º Así Balaan, llamado para maldecir á los hebreos y para anunciarles calamidades, predijo, al contrario, su prosperidad bajo diferentes imágenes llamadas *parábolas*. Núm., xxiii y 24. 3º Esta palabra significa algunas veces una sentencia, una máxima de moral y de conducta; en este sentido se dice, *III Reg.*, iv, 32, que Salomon compuso tres mil *parábolas*. 4º Designa lo que es digno de desprecio; en este sentido amenaza Dios á su pueblo hacerle la *parábola* ó la *fábula* de las demás naciones; David se queja de haber llegado á ser la *parábola* ó el motivo de desprecio de sus enemigos. Los judíos, irritados de las predicciones de Ezequiel, preguntan: « ¿Este hombre no nos vende *parábolas*? » xx, 40, es decir, fábulas y discursos frívolos.

Segun la sábia observacion de san Clemente Alejandrino, cuando se trata de *parábolas*, no debemos apurar todas las palabras, ni exigir que la alegoría esté siempre sostenida, únicamente debemos considerar el objeto principal, el fin y la intencion del que habla. Así en la *parábola* de los talentos, *Mat.*, xv, 24, el mal criado dijo á su amo: « Sé que sois un hombre duro, que segais donde no habeis sembrado, y que cogéis donde nada habeis echado. » No solo este discurso no es decoroso en boca de un criado con respecto á su amo, sino que no puede en ningun sentido ser aplicado á Dios; el objeto de la *parábola* es pues el pintar con estas expresiones excesivas las malas excusas de un criado perezoso é infiel. En la del colono disipador, *Lúc.*, xvi, 8, es alabado por haber perdonado á los deudores de su señor una parte de sus deudas, á fin de hallar en ellos un recurso en sus necesidades; esta conducta no es aprobada como justa, sino como un rasgo de prevision y de prudencia, que debe servirnos de modelo en el uso de nuestros propios bienes. Malamente se han escandalizado de esto algunos incrédulos.

Todavía lo han sido mas del modo cómo Jesucristo habló de sus propias *parábolas*; lejos de valerse de ellas, dicen, para ser entendido mejor, declara él mismo que las usa, á fin de que los judíos no le entiendan; esto está terminante en el texto de los cuatro evangelistas.

Comparémoslos y veamos lo que dicen: *Mat.*, xiii, 10, los discípulos de Jesus le dicen: ¿ Por qué hablais en *parábolas* á estas gentes? Responde Jesus: Porque á vosotros es dado conocer los misterios del reino de los cielos, y á ellos no.... Les hablaré en pa-

rábolas para que miren y no vean, oigan y no entiendan, ni comprendan. Así se cumplió con respecto á ellos aquella profecía de Isaías: *Escucharéis y no entenderéis; miraréis y no vereis*. En efecto, el corazon de este pueblo está entorpecido, escuchan á su pesar, cierran los ojos por temor de ver, de oír, de comprender en su corazon, de convertirse y de curarse con mis lecciones. » Es pues claro que era falta de los judíos, y no del Salvador, si no comprendian sus discursos. Les hablaba en *parábolas* para despertar su atencion y curiosidad, y para excitarlos á preguntarle como hacian sus discípulos; mas aquellos hombres endurecidos no hacian nada de esto, parecían temer oír y ver claramente la verdad; de aquí dedujo Jesucristo que era dado á sus discípulos conocer los misterios de Dios, porque trataban de instruirse, y que esto no era dado á los judíos, porque temian ser instruidos. Es necesario estar ciego como ellos, para no ver este sentido.

El mismo lenguaje se observa en *S. Marcos*, iv, 11; *Lúc.*, viii, 10, cuando les hace decir: « Todo está propuesto en *parábolas* á estas gentes para que miren y no vean. » Se hace una mala traduccion; el texto significa sencillamente. « Todo les es dicho en *parábolas*, de modo que miran y no ven, etc. » Puesto que por último, cuando se examina en sí misma la *parábola* de que se trata en este lugar, que es la de la semilla, es evidente que no es oscura, ni capciosa, ni hecha expresamente para engañar, y que con una mediana atencion es fácil entender su sentido; mas como este era un cargo que Jesucristo hacia á los judíos de las malas disposiciones con que oían su palabra, estos contumaces no se cuidaron de pedirle una explicacion mas clara, como hicieron los apóstoles.

Lo que dice *S. Juan*, xii, 37, tiene el mismo sentido: « Aunque Jesus, dice, hizo tan grandes milagros delante de ellos, no creían en él; de modo que (y no á fin de que) se vió el cumplimiento de lo que dijo Isaías: Señor, ¿ quién ha creído en lo que nos habeis anunciado? No podían creer, porque Isaías dijo tambien: *Ha cerrado sus ojos y endurecido su corazon por temor que no vean, ni entiendan, ni se conviertan, ni sean curados*. El profeta se explicó de este modo, cuando ha visto la gloria del Mesías y ha hablado de él. »

Es evidente: 1º Que los milagros de Jesucristo eran capaces por sí mismos de iluminar y conmover á los judíos, y no cegarlos ó endurecerlos. 2º Que seria absurdo el decir

que los judíos no creían, á fin de verificar la profecía de Isaías; nunca fué esta la intencion de los judíos, y esta profecía no puede influir en nada sobre su incredulidad; al contrario, si hubieran puesto atencion, deberia haberles abierto los ojos. 3º Se dice que no podían creer en el mismo sentido que decimos de un terco, *este hombre no puede determinarse á hacer tal cosa*, y esto solamente significa que no quiere, y que tiene en ello mucha repugnancia; así lo entendió S. Agustín explicando este lugar del Evangelio, *Tract.* 53 in *Joan.*, n. 6. 4º En los artículos CEGUEDAD y ENDURECIMIENTO, hemos manifestado que estas palabras significan solamente que Dios deja endurecer á los que quieren, que lo permite y no los deliene; que lejos de contribuir á ello positivamente, les da gracias, pero no tan fuertes y poderosas como se necesitarian para vencer su obstinacion. Seria una locura el sostener que las lecciones, que los milagros, las virtudes y los beneficios de Jesucristo contribuían positivamente al endurecimiento de los judíos. Tambien hemos manifestado que hay los mismos modos de hablar en nuestra lengua, y sin embargo nadie se engaña.

Parabolantes ó Parabolanos. Nombre que los autores eclesiásticos dan á una clase de clérigos que se dedicaban al servicio de los enfermos y sobre todo de los apes- tados.

Es probable que este nombre les fué dado por el peligroso cargo que desempeñaban; los griegos llamaban *παροιδιου*, y los latinos *parabolos* y *parabolarios*, á aquellos que en los juegos del anfiteatro se exponían á combatir contra los animales feroces. Los paganos dieron á los cristianos por irrision este mismo nombre, ora porque se les condenaba muchas veces á las fieras, ora porque ellos mismos se exponían á una muerte casi cierta abrazando el cristianismo.

Hay mucha probabilidad de que los *parabolanos* fueron instituidos hácia el tiempo de Constantino, y que los hubo en todas las grandes iglesias del Oriente. Mas en ninguna parte estaban en tan gran número como en la de Alejandria, en la que formaban un cuerpo de quinientos hombres; Teodosio el Joven lo aumentó todavía, y lo hizo llegar á seiscientos, porque la peste y las enfermedades contagiosas eran mas comunes en Egipto que en cualquiera otra parte; este emperador los sujetó á la jurisdiccion del prefecto augustal, que era el primer magistrado de aquella gran ciudad. Sin embargo debían ser elegidos por el obispo, y obedecerle en todo

lo concerniente al ministerio caritativo á que estaban dedicados.

Como eran de ordinario hombres valerosos y familiarizados con la imagen de la muerte, los emperadores habian hecho leyes sumamente severas, para contenerles en su deber, para impedir que excitasen sediciones, y tomasen parte en los alborotos que eran frecuentes en el pueblo de Alejandria. Vemos por el código Teodosiano que era fijo su número, que les estaba prohibido el asistir á los espectáculos y á las reuniones públicas, ni aun en el foro, á no ser que tuviesen en él algun asunto personal ó fuesen procuradores de su sociedad; tampoco les estaba permitido pararse dos juntos, y mucho menos agruparse. Los príncipes y los magistrados los miraban como una clase de hombres formidables, acostumbrados á despreciar la muerte y capaces de las mayores violencias, si saliéndose de su empleo osasen mezclarse en los negocios del gobierno. Se habian visto ejemplos de esto en el conciliábulo de Éfeso, en 449, en que un monje sirio llamado *Barsúmas*, seguido de una caterva de *parabolanos* armados, habia cometido los mayores excesos y alcanzado con el terror todo lo que habia querido. El temor de semejantes desórdenes dió sin duda lugar á la severidad de las leyes de que acabamos de hablar. Bingham, *Oríg. eclés.*, t. 2, l. 3, c. 9.

De todos estos hechos resulta que ninguna religion ha inspirado una caridad tan heroica á sus adictos como el cristianismo. En una peste que sobrevino en Africa á la mitad del siglo III, se vió á los cristianos consagrarse al servicio de los apes- tados, cuidar igualmente á los cristianos y á los paganos, mientras que estos abandonaban sus enfermos. Sanct. Cyp., *L. de Mortalit.* Juliano convenia en una de sus cartas en que nuestra religion debia una gran parte de sus progresos á los actos de caridad ejercidos con los pobres, con los enfermos y aun con los muertos. Vimos renovarse los ejemplos ejercidos por S. Carlos durante la peste de Milan, y por M. Belzunce durante la de Marsella. Este es el mismo espíritu que dió origen á las órdenes religiosas hospitalarias de ambos sexos. Véase HOSPITALARIOS.

Paracético. Nombre que dan los griegos á uno de los libros del oficio, y que puede traducirse por *invocatorio*, porque este libro contiene muchas oraciones ó invocaciones dirigidas á los santos. Se sirven de él en todo el año, porque casi no hacen ningun oficio que no contenga alguna oracion sacada de este libro. V. á Leon Alacio, *Disertacion* 1ª

sobre los libros eclesiásticos de los griegos.

Paraclete. Nombre formado del griego παρακλητης, que á la letra significa un abogado, el que es llamado por un culpable ó por un cliente, para servirle de consejero, de defensor, de intercesor y de consolador.

Jesucristo dió este nombre al Espíritu Santo. *Joan.*, xiv, 16, dijo á sus apóstoles: «Rogaré á mi Padre y os dará otro consolador... El Espíritu Santo consolador que mi Padre os enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas.» Y san Pablo, *Rom.*, viii, 26, dice, que el Espíritu ruega ó intercede por nosotros con gemidos inefables.

Este mismo título se dió á sí mismo Jesucristo. San Juan, *Epist.* 1^a, ii, 1, dice: «Si alguno pecase, tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo justo; él es la víctima de propiciación por nuestros pecados, no solo por los nuestros, sino por los del mundo entero.» San Pablo dice lo mismo, *Rom.*, viii, 34, y *Hebr.*, vii, 25, que Jesucristo está sentado á la diestra de Dios é intercede por nosotros.

Los herejes, que han atacado el misterio de la Santísima Trinidad y la coigualdad de las tres Personas divinas, han querido prevalerse de estos pasajes; han dicho que los títulos de *abogado*, de *mediador*, de *intercesor*, de *suplicante*, dados en la Sagrada Escritura al Hijo y al Espíritu Santo, prueban evidentemente su desigualdad y su inferioridad con respecto al Padre; los socinianos renuevan todavía esta objeción.

Pero los PP. de la Iglesia respondieron á los antiguos herejes: 1^o que un personaje constituido en dignidad puede desempeñar perfectamente las funciones de intercesor y de mediador por un culpable para con su igual, y que también puede hacerlo para con su inferior sin degradarse; y así no es cierto que este cargo por sí mismo sea una prueba de desigualdad; 2^o que los títulos, las cualidades, las funciones de las criaturas no pueden atribuirse á las Personas divinas, sino por metáforas; que es ridículo exigir que la comparación sea absolutamente exacta; que así deben entenderse los nombres de *abogado*, de *intercesor*, etc., dados al Hijo y al Espíritu Santo, con los mismos correctivos de que usamos con respecto á las cualidades humanas atribuidas á Dios Padre; 3^o que por lo que respecta á Jesucristo, las acciones y funciones humanas no ponen ninguna dificultad, puesto que es Dios y hombre; que así puede hacer en cuanto hombre lo que no le convendría que se le atribuyese en cuanto Dios. Sin pensar en las demás sú-

plicas, tales como las hacen los demás hombres, su santa humanidad, siempre presente á Dios con sus padecimientos y méritos, es una oración equivalente muy enérgica, siempre capaz de aplacar la Justicia divina, y alcanzar todas las gracias que necesiten los hombres. Estas respuestas nos parecen sólidas y sin contestación.

De esto mismo deducimos que algunos teólogos han tratado á Orígenes con demasiado rigor, cuando le han echado en cara el haber dicho, *Hom.* 7, in *Levit.*, n. 2, que Jesucristo, nuestro pontífice cerca de su Padre, se aflige y llora por nuestros pecados cuando no hacemos penitencia. Él mismo dice, n. 1, que lo entiende en un sentido místico y figurado. Tampoco nos escandalizamos en el día de hallar el mismo lenguaje en los autores ascéticos, porque sabemos que todo esto no debe entenderse literalmente. V. MEDIADOR. Los protestantes se han visto un poco confusos para conciliar con sus preocupaciones lo que dijo S. Ireneo, *adv. Hær.*, lib. 3, cap. 19, que la Virgen María ha sido la *abogada* de Eva; expresión que prueba la intercesión de la Santísima Virgen y de los santos. Los sabios editores de este Padre, *disert.* 3, art. 6, n. 65 y sig., han refutado sólidamente las explicaciones violentas que Grabe y otros protestantes han querido dar de este pasaje. V. MARÍA, § 5.

Paráfrasis caldeas. Se han llamado así las versiones del texto hebreo de la Sagrada Escritura hechas en lengua caldea. Los judíos las llaman *targum*, *interpretación ó traducción*, y tienen tanto respeto á sus versiones como al mismo texto; hé aquí su origen.

Durante los setenta años de cautividad que sufrieron los judíos en Babilonia, los principales de ellos, sobre todo los sacerdotes y levitas, conservaron la lengua hebrea tal como la hablaban en la Judea antes de su trasmigración, y cuidaron de enseñarla á sus hijos. De aquí el profeta Daniel que escribió durante la cautividad, Esdras, Aggeo, Zacarías y Malaquías, que escribieron después de la vuelta, se valieron todavía del hebreo puro; solamente hay en el libro de Daniel y en los de Esdras algunos capítulos ó pasajes escritos en caldeo. Mas lo general del pueblo mezclado con los caldeos en Babilonia tomó insensiblemente su lengua, y el hebreo llegó á ser menos familiar que lo era antes. Así, cuando después de la vuelta de la cautividad leyó Esdras al pueblo congregado la ley de Moisés, se dice que los levitas y el mismo Esdras interpretaron al pueblo lo

que se le había leído. *Nehem.*, viii, 9 y 13.

En los siglos siguientes, los reyes de Siria tuvieron muchas veces ejércitos en la Judea, y los judíos se hallaron rodeados de sirios; y es probable que entonces se mezcló mucho siríaco con su lengua vulgar; esto es lo que determinó después á los doctores judíos á hacer los *targums*, y á traducir el texto hebreo en caldeo; mas no parece haberse ejecutado esta obra sino cuatrocientos ó quinientos años después de Esdras.

Así, cuando se hicieron estas traducciones, se dividió en tres dialectos la lengua caldea. El primero y el mas puro era el de Babilonia; se escribía en caracteres cuadrados, que en el día llamamos caracteres hebreos, y que fueron adoptados por los judíos como mas cómodos que las antiguas letras hebreas llamadas *samaritanas*. El segundo dialecto era el que se hablaba en Antioquia, en la Comagena, y en la alta Siria; pero esto debe mas bien llamarse *lengua siríaca* que lengua caldea; se escribía y se escribe todavía en caracteres muy diferentes de las letras caldeas. Esta lengua y estos caracteres han estado siempre y están todavía en uso en las iglesias siríacas entre los maronitas, los jacobitas y los nestorianos. V. SIRÍACO. El tercer dialecto era el que se hablaba en Jerusalen y en la Judea; era una mezcla del caldeo, del siríaco y del hebreo; por esto se ha llamado *siro-caldáico* y *siro-hebraico*. Entonces el texto hebreo de la Sagrada Escritura había llegado á ser menos inteligible para el pueblo que en tiempo de Esdras.

Los *targums* ó *paráfrasis caldeas* no se han hecho en un mismo tiempo, ni por el mismo autor; ningun doctor judío ha emprendido el traducir en caldeo todo el antiguo Testamento, sino que uno ha traducido ciertos libros, otro trabajó sobre otros, y no sabemos los nombres de todos; únicamente vemos que estas traducciones no son de la misma mano, porque el lenguaje, el estilo y el método no son exactamente los mismos.

Estas traducciones ó parte de ellas son en número de ocho; no daremos mas que una corta noticia de cada una.

La primera y mas antigua es la de Onkélos, que solamente tradujo la ley ó los cinco libros de Moisés; también es la que tiene el estilo mas puro y que se acerca mas al caldeo de Daniel y de Esdras. Este *targum* de Onkélos es mas bien una simple versión que una *paráfrasis*; el autor sigue palabra por palabra el texto hebreo, y lo vierte ordinariamente con bastante exactitud. Así los judíos lo han preferido siempre á todos los autores,

y han hecho el mayor uso de él en sus sinagogas.

La segunda es la traducción de los profetas por Jonathan Ben-Uzziel; se aproxima bastante á la de Onkélos por la pureza del estilo, pero no es tan literal; Jonathan se toma la libertad de *parafrasear*, de añadir al texto, tan pronto una historia como una glosa, que muchas veces no son muy exactas; la que ha hecho sobre los últimos profetas es todavía menos clara y mas descuidada que la que hizo sobre los primeros, es decir, sobre los libros de Josué, de los Jueces y de los Reyes que los judíos colocan entre los libros proféticos.

Se conviene bastante entre los judíos y cristianos en que el *targum* de Onkélos ó de la ley, y el de Jonathan sobre los profetas, son cuando menos del siglo de Jesucristo. Según la tradición de los judíos, Jonathan era discípulo de Hillel, y este murió poco mas ó menos en tiempo del nacimiento de nuestro Señor; Onkélos era contemporáneo de Gamaliel el Viejo, con el que estudió S. Pablo. Este testimonio está apoyado por la pureza de estilo de las dos obras de que hablamos, en las que no se halla ninguno de los términos extranjeros que los judíos adoptaron después. Es muy probable que Jonathan no tradujo la ley, sino únicamente los libros siguientes, porque le era conocida la traducción de ella por Onkelos. La única objeción que se puede hacer contra la antigüedad de estos dos *targums*, es que Orígenes, S. Epifanio, S. Jerónimo ni ningunos de los antiguos PP. de la Iglesia han hablado de ellos; mas nada prueba este argumento negativo; sabemos que entonces los judíos ocultaban cuidadosamente los libros; apenas hace trescientos años que estas antiguas versiones son conocidas y publicadas entre los cristianos.

Algunos autores han creído que el *parafraza* Onkélos era el mismo que el judío prosélito Akila ó Aquila, autor de una versión griega del antiguo Testamento que Orígenes había puesto en sus *Octáplas*; pero Prideaux, en su *Historia de los judíos*, l. 16, t. 2, p. 281, prueba que estos son dos personajes muy diferentes, de los que el segundo no escribió sino cerca de ciento treinta años después de Jesucristo.

El tercer *targum* es también una traducción caldea de la ley ó de los cinco libros de Moisés, y algunos autores la han atribuido al mismo Jonathan Ben-Uzziel, de que acabamos de hablar. Mas el estilo de esta obra es muy diferente del del *targum* sobre los profetas; todavía está mas lleno de glosas y fábulas;

se hallan en ella cosas y nombres que no eran todavía conocidas en tiempo de Jonathan; no habíamos oído hablar nunca de ella antes que apareciese impresa en Venecia, hace cerca de doscientos años.

La cuarta es también sobre la ley, y se llama el *targum* ó la *paráfrasis* de Jerusalen, porque está escrita en el dialecto *siro-caldaico* que se usaba en Jerusalen; no conocemos ni su fecha ni al autor. No es una traducción seguida, sino una especie de comentario sobre pasajes aislados. Como hay en ella algunos que están conformes con los del antiguo Testamento, se ha creído que esta obra debía ser muy antigua; sin embargo, es también mucho más moderna que la anterior, puesto que muchas veces la copia palabra por palabra.

La quinta es una *paráfrasis* sobre los cinco libros pequeños que los judíos llaman *megilloth*, *rollos* ó *volúmenes*; á saber: Ruth, Ester, el Eclesiástico, el Cántico y las Lamentaciones de Jeremías.

La sexta es una segunda *paráfrasis* sobre Ester; la séptima sobre Job, los Salmos y los Proverbios; estos tres *targums* son de un estilo más corrompido, del dialecto de Jerusalen, y no se conocen los autores de los dos primeros. En cuanto al tercero sobre Job, los Salmos y los Proverbios, se atribuyen á un tal José el Tuerto, sin que se sepa quién era, ni en qué tiempos vivió.

El octavo *targum* es sobre los dos libros de los Paralipómenos; no había sido conocido antes del año 1680, tiempo en que lo publicó Bechius en Ausburgo por un manuscrito antiguo.

Así, exceptuando la *paráfrasis* de Onkélos sobre la ley, y la de Jonathan sobre los profetas, todas son evidentemente posteriores con mucho al siglo de Jesucristo. El estilo bárbaro de estas obras y las fábulas talmúdicas de que están llenas, prueban que no aparecieron sino hasta después del Talmud de Jerusalen, ó aun después del Talmud de Babilonia, es decir, después de principios del siglo IV ó VI.

Sin embargo estos *targums* ó *paráfrasis* en general son muy útiles. No solo sirven para explicar un gran número de expresiones hebreas, que sin esto serían más oscuras, sino que hallamos en ellos muchos antiguos usos de los judíos, que valen para ilustrar los libros santos; pero la principal ventaja que sacamos de ellas, es que la mayor parte de las profecías pertenecientes al Mesías están tomadas por los autores de estas *paráfrasis* en el mismo sentido que les damos nosotros.

Esta autoridad hace contra los judíos una prueba invencible, puesto que atribuyen á los *targums* la misma autoridad que al texto hebreo. Los rabinos han tratado de hacer creer á lo general de los judíos, que sus obras han venido de la misma fuente que los libros sagrados; que cuando Dios dió la ley á Moisés en el monte Sinai, le dió también la *paráfrasis* de Onkélos con la ley oral; que cuando el Espíritu Santo dictó á los demás escritores los libros sagrados, les dió también el *targum* de Jonathan. Por esto mismo han ocultado con tanto cuidado estas *paráfrasis* á los cristianos, y hemos llegado tan tarde á tener conocimiento de ellas.

Más no está probado que en tiempo de Jesucristo anduviesen ya en manos de la Judea las *paráfrasis caldeas* ó *siro-caldeas*. Los protestantes no han adoptado esta opinión sino para fundar su prevención sobre la pretendida obligación impuesta al pueblo de la Escritura Santa, y tenerla en una lengua que él entienda. Desde Esdras hasta Jesucristo pasaron lo menos cuatrocientos años, durante los que no se ha tratado de la versión de los libros santos en lengua vulgar; el pueblo se atenía á las instrucciones y explicaciones de viva voz que le daban los sacerdotes y levitas, y no hay ninguna prueba de lo contrario.

Según la opinión de Prideaux, « cuando se le hizo leer á Jesucristo la segunda lección en la sinagoga de Nazareth, *Lúc.*, iv, 16, hay mucha probabilidad de que fué un *targum* el que leyó; porque el pasaje de Isaías, *LXI*, 1, tal como se halla en S. Lucas, no es exactamente ni el hebreo, ni la versión de los Setenta; de lo que podemos deducir muy bien que esta diferencia provenía de la versión caldea de que se servían en aquella sinagoga. Y cuando en la cruz pronunció el salmo *xxii*, 1, *Eli, Eli, lamma sabachthani: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado?* no es el hebreo el que pronunció sino el caldeo; en el hebreo hay, *Eli, Eli, lama azabtani.* »

Prideaux y sus copistas podían dispensarse de hacer esta observación, puesto que muchas profecías dictadas por S. Mateo no se hallan literalmente en el texto hebreo; no se deduce de esto que las haya tomado de una *paráfrasis caldea*. Jesucristo, sin duda, entendía el hebreo; hubiera podido citar el texto con la mayor exactitud sin añadirle nada; más esto no era necesario. Aun suponiendo que sea S. Lucas el que hizo un ligero cambio de las palabras del Salvador, sin alterar el sentido de la profecía, este no es un

motivo de acusación. Ha podido hacer sin crimen lo que nosotros hacemos todos los días; citamos la Sagrada Escritura en lengua vulgar, sin cuidarnos si hay traducciones impresas; aun algunas veces nos tomamos la libertad de separarnos de nuestras versiones vulgares, cuando creemos estar bien fundados.

En vano se alega el mandato hecho á los judíos de meditar continuamente la ley del Señor; en la palabra *VERSION VULGAR*, demostraremos que el pueblo ha podido ejecutar puntualmente este precepto, sin saber leer ni escribir.

Prideaux dice que había un reglamento antiquísimo, que obligaba á cada individuo á tener en su casa un ejemplar de la ley; cita por toda prueba de este hecho el testimonio de Maimónides, que vivió en el siglo XII. Así los protestantes, que ridiculizan las tradiciones de la Iglesia romana, nos oponen con mucha gravedad las de los rabinos como mucho más respetables.

La mejor edición de los *targums* ó *paráfrasis caldeas* es la que Buxtorf padre dió en Basilea en 1620, en la 2.^a grande Biblia hebrea; más las hallamos en la Poliglota de Inglaterra, exceptuando el *targum* sobre los Paralipómenos, que no se había publicado aun cuando Walton dió esta Poliglota. Véanse sus *prolegómenos*, *sección 7*, c. 12; Prideaux, *Hist. de los judíos*, l. 16, t. 2. p. 279.

Paraguay. V. MISIONES EXTRANJERAS.

Paraíso. Esta palabra viene del hebreo ó del caldeo *pardés*; los griegos la han traducido por *παρδεισος*; significa no solo un jardín de flores ó de legumbres, sino un vergel plantado de árboles frutales y de otros. Es probable que los griegos hayan tomado esta palabra de los persas, puesto que se halla en Jenofonte.

En el libro II de *Esdras*, ii, 8, Nehemías ruega al rey Artajerjes que le dé cartas dirigidas á Asaf, guarda del *paraíso* del rey, para que le diese las maderas necesarias para las construcciones que iba á emprender; era pues un bosque lleno de árboles á propósito para edificar. Salomón dice en el *Eclesiástico*, ii, 5, que hizo jardines y *paraísos*, es decir, verjeles. En el *Cántico de los cánticos*, iv, 13, dice que el plantío de la esposa es como un *paraíso* lleno de granados. *Gén.*, xiii, 10, leemos que el valle de árboles en que estaban situadas las ciudades de Sodoma y de Gomorra, era semejante al *paraíso* del Señor. En los profetas, esta palabra significa muchas veces un lugar agradable y delicioso. Se comprende que en un clima tal como el de la Palestina, la sombra y la frescura de

los árboles eran un recreo y una ventaja preciosísima.

En el libro del *Eclesiástico*, xlii, 16, se dice que Henoch fué agradable á Dios y trasportado al *paraíso*. Jesucristo, *Lúc.*, xxiii, 43, dice al buen Ladrón: « Hoy serás conmigo en el *paraíso*. » Y S. Pablo, *II Cor.*, xii, 4, dice que él mismo fué trasportado al *paraíso*. De aquí han deducido algunos incrédulos que los autores sagrados entendieron la morada de los bienaventurados, como los paganos, á la que llamaban *Campos Elíseos*, y que se figuraban que las almas de los héroes vivían en ellos á la sombra de los árboles, como hacían cuando estaban en la tierra.

Aunque esto fuese cierto, únicamente se deduciría que los antiguos que vivían bajo un cielo más cálido que el nuestro, y que no concebían morada más deliciosa que bosques plantados de árboles frutales, no habían hallado palabra más á propósito que la de *paraíso*, para expresar la mansión de los bienaventurados. Más no es por la significación literal de una palabra por la que debemos juzgar de las ideas que van unidas á ella; nosotros mismos nos valemos de esta palabra para expresar la morada de la bienaventuranza eterna, sin imaginar, como los paganos, que esta consiste en vivir á la sombra de los árboles, y en comer sus frutas. De cualquier término que pudiésemos valernos para designarlo, nunca se nos dará una idea exacta de él, porque esta dicha es infinitamente superior á todas nuestras concepciones y á todos nuestros pensamientos. *Isaías*, lxiv, 4; *I. Cor.*, ii, 9.

PARAISO TERRENAL. Jardín ó mansión deliciosa en la que Dios había colocado á Adán y Eva después de su creación. Habitaron allí el tiempo que duró su inocencia, y fueron arrojados de él luego que desobedecieron á Dios, comiendo de la fruta prohibida. Hé aquí la descripción que hace de él Moisés, *Gén.*, ii, 8. « Dios había plantado un jardín en Eden, al lado de Oriente, y puso en él al hombre que había formado. Habían nacido en él todos los árboles más agradables á la vista, y cuyos frutos son mejores; el árbol de la vida se hallaba en medio del jardín, como también el árbol del bien y del mal. Salía del Eden un río que regaba el jardín, y el que se dividía en cuatro brazos. El primero se llamó *Phison*, este es el que corre costeando el país de Havilah, donde se encuentra oro... El segundo se llamó *Gehon*, y es el que corre por el país de Chus. El tercero es el *Tigris (Hiddekel)* que corre hacia la Siria, y el cuarto es el *Eufrates.* »

No es fácil señalar por esta topografía el sitio en que precisamente estaba situado el *paraíso terrenal*. Todos los sabios convienen en que la palabra Eden significa en general en las lenguas orientales un lugar agradable y fértil, un país abundante y delicioso; que es un nombre apelativo dado á muchas comarcas del Asia. El Tigris y el Eufrates son dos rios célebres muy conocidos; pero no es fácil saber en qué sitio se reunian sus aguas en otro tiempo para despues dividirse en cuatro brazos ó canales; esto no sucede hoy, y el país en que mas se acercan uno á otro está absolutamente cambiado.

No es pues extraño que haya muchas y varias opiniones sobre este punto. Algunos antiguos, como Filon, Orígenes, los seleucianos y herminianos, antiguos herejes, creian que no existió el *paraíso terrenal*, y que se debe entender en un sentido alegórico todo lo que sobre esto dice la Sagrada Escritura; otros le han colocado fuera del mundo en un lugar desconocido; pero segun estas dos suposiciones no se comprende por qué razon Moisés se tomó el trabajo de describirlo, y colocar en él rios cuya corriente y nombre todavía subsisten hoy. Algunos mas sensatos creen que es inútil buscar hoy su situacion exacta, por haber cambiado y trastornado el diluvio el aspecto del país en que estaba. Además, es sabido que la region en que se unen el Tigris y el Eufrates es el país que ha sufrido las mas terribles revoluciones despues del diluvio, y aun despues del siglo de Moisés.

Sea de esto lo que quiera, tres son los principales sistemas adoptados por los modernos sobre la situacion del *paraíso terrenal*. El primero, que cuenta por defensores á Heidegger, Le Clercy el Padre Abram, coloca el *paraíso* en la Siria, en las cercanias de Damasco, próximo al nacimiento del Chrysorrhoeas, del Oronte y del Jordan; este país no reúne los caracteres del Eden descrito por Moisés; lo mismo se debe decir sobre la opinion del Padre Hardouin, que creyó que el *paraíso terrenal* estaba en la Palestina á las orillas del Jordan, inmediato al lago de Genesareth.

Segun el segundo sistema, el país de Eden estaba situado en la Armenia, entre el nacimiento del Tigris, del Eufrates, del Aráxis y del Pháxis; esta es la opinion del geógrafo Sanson, de Reland y de Dom Calmet. Pero Moisés no dice que naciesen en el *paraíso* cuatro rios, únicamente afirma que salia uno del lugar llamado *Eden* para regar el *paraíso*,

que despues se dividia en cuatro brazos ó canales; Dom Calmet se ve obligado á confesar que esto no concuerda con la topografía que hace del *paraíso*.

La tercera opinion, que parece la mas probable, supone que este lugar delicioso estaba colocado en las dos orillas de un rio formado por la reunion del Tigris y del Eufrates, que se llama el *rio de los Arabes*, y que se dividia despues en cuatro brazos para ir á desaguar en el golfo Pérsico. A la verdad, de estos cuatro canales ó rios ya no hay mas que dos que subsistan en el dia, y que todavía se puedan reconocer; pero se prueba por el testimonio de los antiguos que todos cuatro existieron entonces. Este es el parecer que han seguido los autores ingleses de la *Historia universal*, l. 1, y los comentadores de la *Biblia de Chais*. El abate Clemence se ha servido de esto para refutar las necesidades reunidas en un libro impio titulado la *Biblia por último explicada*, y en las demás obras del mismo autor. Necesitaríamos entrar en muchos pormenores para referir las pruebas de este parecer, que ya fué el de Bochart, el de Estéban Morino y del sabio Huet; únicamente difieren unos y otros en la explicacion de algunas circunstancias de la narracion de Moisés. Esto basta para responder á todas las vanas objeciones de los incrédulos; nada pueden hallar en la descripcion del *paraíso terrenal* que no pueda conciliarse con la topografía de los lugares, con los nombres de los países de que habla Moisés, y con el testimonio de los autores profanos. En cuanto á las objeciones que hacen contra la continuacion de la historia santa, contra las circunstancias de la caída de Adan, etc., véase ADAN.

Las cuestiones que embarazan á los comentadores son pues bastante impertinentes. « ¿Dónde está el rio que se divide en otros cuatro? ¿Cómo se concilia esto con la Asiria y el Eufrates? ¿Qué rios, qué países están designados con estos otros nombres que ya no existen? Moisés habia prevenido estas cuestiones, no para el geógrafo, sino para el naturalista, diciendo que por el diluvio destruyó Dios á los hombres *con la tierra*. No busquemos mas al *jardín de Eden*; esta mansion de la perfecta inocencia se ha perdido en la tierra física y moralmente. De Luc, *Carta 147 sobre la Historia de la tierra*, etc. t. 5, p. 667.

Parece que por esta razon los PP. de la Iglesia, que vivieron en la Siria, á las orillas del Eufrates ó en sus cercanias, no se han tomado el trabajo de explicar las circuns-

tancias de la narracion de Moisés, y conciliarlas con el aspecto que presentaban los lugares en su tiempo.

PARAÍSO CELESTIAL. Morada de la bienaventuranza eterna en la que Dios recompensa á los justos. Como no se conocian lugares mas deliciosos en la tierra que un jardín cubierto de flores y de frutos, se ha llamado *paraíso* al lugar en que Dios hace para siempre dichosos á los santos.

Lo mismo que se disputa para saber en dónde estaba situado el *paraíso terrenal*, del que fué arrojado Adan despues de su pecado, se sabe todavía menos dónde está el *paraíso celestial* adonde esperamos ir. Cuando Jesucristo en la cruz dijo al buen Ladrón: « Hoy serás conmigo en el *paraíso*, » *Lúc.*, xxii, 43, confiesa S. Agustin que no es fácil saber dónde estaba aquel lugar delicioso del que habla el Salvador; el *paraíso*, continúa este Padre, está en todas las partes donde uno es dichoso. *Epist. 187 ad Dardan.*, n. 6. No concebimos mejor qué lugar quiso designar S. Pablo cuando dijo: « Conozco á un hombre que ha sido arrebatado en espíritu hasta el *paraíso*, donde oyó palabras que no es lícito al hombre decir las. » *II Cor.*, xii, 4.

Verdaderamente Jesucristo nos dice, que nuestra recompensa está en el cielo; mas el cielo no es una bóveda sólida; nosotros no lo concebimos mas que como un espacio vacío é inmenso, en el que ruedan una infinidad de globos luminosos ú opacos. Puesto que el alma de Jesucristo gozaba de la gloria celestial en la tierra, no es este el lugar que constituye el *paraíso*; puesto que Dios está en todas partes, puede también mostrarse en todas ellas á las almas santas y hacerlas felices por la vista de su propia gloria. Parece, pues, que el *paraíso* es mas bien un lugar particular que un cambio de estado, y que no debemos atenernos á las ilusiones de la imaginacion, que se figura la mansion de los espíritus bienaventurados como un lugar habitado por los cuerpos. En realidad, poco nos importa saber si es una mansion particular y determinada por limites, ó si es el universo entero en el que Dios se manifiesta á los santos y hace su bienaventuranza eterna.

La fe nos enseña que despues de la resurreccion general las almas de los bienaventurados se unirán á sus cuerpos; pero S. Pablo nos enseña que los cuerpos resucitados y gloriosos participarán de la naturaleza de los espíritus. *I Cor.*, xv, 44; por consiguiente se hallarán en un estado

del que no podemos tener ninguna idea.

Seria pues una nueva temeridad el querer saber si los bienaventurados, revestidos de sus cuerpos, ejercerán todavía las funciones corporales y las facultades sensitivas; Jesucristo nos dice, que despues de la resurreccion serán semejantes á los ángeles de Dios en el cielo, *Mat.*, xxii, 30, lo que excluye los placeres carnales. S. Pablo nos advierte, que el ojo no ha visto, ni el oído ha entendido, ni que el corazón del hombre ha experimentado lo que Dios reserva á los que le aman, *I Cor.*, ii, 9. Debemos, pues, conformarnos con ignorar lo que Dios no ha querido enseñarnos; lo que de esto han dicho algunos autores mas ingeniosos que sólidamente instruidos, ni nada prueba ni nada nos enseña. El estado de los bienaventurados se ha hecho para que sea un objeto de fe y no de curiosidad, para excitar nuestras esperanzas y no nuestros deseos, ni para alimentarnos con disputas. Las ideas groseras de los paganos, de los chinos, de los indios, de los mahometanos, relativas á los justos despues de la muerte, han dado lugar á errores y abusos enormes; condenándolos, la religion cristiana ha suprimido la fuente del mal, ha inspirado á sus discípulos virtudes de las que nunca habia habido ejemplo en el mundo.

V. BIENAVENTURANZA ETERNA.

Paralipómenos. Palabra derivada del griego que significa *cosas omitidas*. Se ha dado este nombre á dos libros históricos del antiguo Testamento, que son una especie de suplemento á los cuatro libros de los Reyes, y en los que se hallan algunos hechos ó circunstancias que no se leen en otra parte. Los antiguos hebreos no hacian mas que un solo libro, que llamaban las *Palabras de los dias*, ó *los Anales*, porque esta obra empieza así; S. Jerónimo la ha llamado *las Crónicas*, porque es una historia sumaria hecha segun el orden cronológico.

No sabemos con certeza quién es el autor de estos dos libros; comunmente se cree que fueron escritos por Esdras, ayudado de los profetas Aggeo y Zacarías, despues de la cautividad de Babilonia; esta opinion es bastante probable, mas no está exenta de dificultades. Se hallan en estos dos libros cosas que no se verificaron sino en tiempos posteriores á Esdras, otras que no pudieron decirse sino por escritores anteriores. Mas las primeras han podido añadirse con un suplemento en la sucesion de los tiempos, lo mismo que Esdras adicionaba lo que otros habian dicho antes que él; en cuanto á las segundas, las ha copiado de memorias mas anti-